

ra y notando con cierto asombro que ya el sol había desaparecido, echó á andar por la vereda que conducía del arroyo al próximo poblado.

El encuentro que tuvo al llegar cerca de uno de los primeros jacales, decidió de la suerte futura del muchacho.

—¿De dónde vienes, Benito Pablo?

Benito se estremeció al oír aquella pregunta, porque caminaba muy distraído, y no contestó de pronto ni una palabra.

Quien dirigía la pregunta era una anciana que acababa de salir de entre las milpas, á donde había ido á recoger unas yerbas que cocer para la cena. La mujer volvió á decir con cierto tonillo de mando:

—Te pregunto de dónde vienes ahora, Benito Pablo.

—No vengo de ninguna parte, madrina Apolonia, contestó el indito en el mismo dialecto en que la vieja le hablaba.

—Esa no es respuesta: de alguna parte has de venir.

—Fuí al cerro después, que me almorcé mi «taco de frijoles,» y allí me he estado tirando pedradas á los pájaros y á las lagartijas.

—¡Miren qué gracia! pues esa ocupación no te ha de hacer hombre; es necesario que sepas que ya tienes trece años; hace un mes y medio se cumplieron, desde el día en que te llevé á Santo Tomás con el señor cura D. Ambrosio Puche á que te echara las aguas bautismales.

El indito solamente abrió la boca; pero como Apolonia García, su madrina, era de suyo incansable cuando le daba por ser locuaz, prosiguió diciendo:

—Era un día domingo cuando salimos de aquí, de este rinconcito de la tierra que se llama San Pablo Guelatao, porque así le pusieron nuestros mayores; tu padre D. Marcelino Juárez y tu madre Doña Brígida García, que de Dios gocen, llevándote yo en brazos, como que iba á ser tu madrina, y á las cinco de la tarde que llegamos, nos dirigimos al curato y allí el sacristán D. Mariano Cortabarrín recibió los doce reales, escribió en los pergaminos é hizo todo lo que había de hacer para que á tí te hiciera cristiano. ¿me parece que ya sabías esto?

—Sí, madrina, su merced me lo ha contado varias veces.

—Nos volvimos á nuestro pueblo esa misma noche, nos recibieron los vecinos con cohetes y músicas, algunos se pusieron una buena borrachera y toda la noche estuvieron tocando, bailando y cantando. Mi marido Francisco García no fué al bautismo porque estaba enfermo de la enfermedad misma de que seis meses después había de morir. Tus padres también murieron cuatro años más tarde, y tú y yo nos quedamos solos en el mundo.

—Yo me quedé con mis abuelitos, madrina.

—Que también murieron, dejándote en poder de tu tío Bernardino Juárez que es quien te mantiene, aunque no con toda su voluntad, y que está pensando ya en ponerte en cualquier trabajo.

—Sí, ya me dijo ayer que me estaba consiguiendo un empleo de guardador de ganado.

—A mí también me dijo que si no podía recogerte como tu madrina que soy, que él por su parte ya está enfadado de darte la comida de balde y que ya estabas entrando en edad de trabajar.

* * *

De tan sencilla escena surgió el porvenir del gran hombre de Estado que en lucha decidida con el saber y el trabajo, logró sellar su corazón con el axioma «labor omnia vincit.»